

El México bárbaro del norte*

Eugenia Meyer**

La historiografía de la Conquista y colonización de México se detiene y expresa ciertos reparos cuando trata de estudiar y analizar el llamado *territorio bárbaro*. Pareciera que el afán por entender el proceso *civilizatorio* de la enorme y vasta comarca del norte, conllevaba casi tantos problemas como esfuerzos se dieron, ya bien sentada la vida colonial novohispana, para apropiarse de esas inmensas tierras que se antojaban inaccesibles.

Casi como una especie de sortilegio, los estigmas y los augurios habrían de perpetuarse no sólo a lo largo de la vida independiente, sino incluso hasta nuestro siglo. Por ello resulta sorprendente y extraño que, asumiendo la Revolución mexicana como un movimiento que se genera y desarrolla del norte hacia el centro, aquella parte del territorio fuese poco atendida y mal comprendida.

Ciertamente los hombres de Coahuila y Sonora mostraron una cara sustantiva de la gesta revolucionaria, pero ahí no queda todo. Otras franjas del territorio norte, empezando por Chihuahua, tan próxima a los Estados Unidos y tan lejos del centro, de la capital, de los intereses de políticos y militares, impidieron una mejor comprensión del acontecer cotidiano de esta zona.

La sorpresa y quizá también el desconcierto frente a la imagen de una nación próspera, impidieron en un principio reacciones cautelosas y reflexiones sensatas. Con el arranque de la lucha revolucionaria, se destrozaba de tajo la visión de una sociedad mexicana en apariencia idílica, en la que la *paz* y el *progreso* habían extirpado el desorden, el caos y la inestabilidad que caracterizaron al siglo XIX, la centuria por excelencia de la conformación de nuestro Estado nacional.

*Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional sobre Francisco Villa y la Revolución en el estado de Durango, Durango, Dgo., 6 de junio de 1994.

**INAH/UNAM

No podemos soslayar los vaticinios y premoniciones; las primeras advertencias y también las acertadas sentencias. Algunos mexicanos, como otros tantos extranjeros, pronosticaron una erupción violenta, y hasta una revolución, sin vislumbrar, claro está, los alcances de la misma.

No era nuevo para nosotros, como para tantos otros pueblos hermanos de América Latina, el asunto de las *revoluciones*, que permitían manifestar una serie de conflictos internos. Sin embargo, la que sería la primera gran revolución del siglo XX, la mexicana, habría de darse en un marco particular, en el cual las contradicciones se habían agudizado y en donde las ansias de democracia y luego de justicia social generarían la erupción violenta que la caracterizaría. Cabe advertir, sin embargo, que la Revolución ni fue una, ni simultánea, en todas las regiones del país. No podía serlo, los problemas políticos se expresaban como malestar eminentemente central; era en la ciudad de México en donde se resolvían los grandes cambios, o donde se manifestaba «el quietismo» porfiriano. Luego de 1913, con el arranque real de la lucha popular y la expresión de las demandas sociales el país habría de tomar en cuenta la pluralidad de conflictos y la heterogeneidad de circunstancias. Los despojados del sur y los desarraigados del norte ambicionaban algo común, la tierra, pero a partir de planteamientos diferentes y, naturalmente, de soluciones diversas.

Los reclamos de democracia e igualdad de oportunidades políticas se manifiestan con mayor ímpetu en el norte, en tanto que las primeras protestas, las primeras voces disidentes vendrán del sur, o del sur-centro.

Para el primer caso, hay que insistir en la proximidad con nuestro inefable vecino y concluir que la Revolución se gestó, fraguó, financió y evolucionó como un fenómeno del norte hacia el centro. Fue allá, querámoslo o no, donde se cocinó parte del asunto. Allá, en territorio hostil, a veces mustio, fueron a dar todos los revolucionarios, bien vigilados por agentes de la dictadura. Así, los Flores Magón y la cabeza del magonismo, pese a arrestos y prisiones, desarrollaron su Plan y Programa del Partido Liberal Mexicano; allá, arrancaron la revolución maderista con el Plan de San Luis, signado en San Antonio, Texas; allá se pertrecharon los ejércitos de las grandes hazañas; allá se refugiaron alternativamente revolucionarios y contrarrevolucionarios y finalmente de allá nos vino la serie de intervenciones armadas y de violaciones al territorio nacional; un elemento más con el cual lidiar durante la de por sí compleja década revolucionaria.

Fue precisamente en Estados Unidos donde el periodista John Kenneth Turner, incrédulo y fascinado, escuchó las versiones de los magonistas sobre

las injusticias en que vivía la mayoría de los mexicanos.¹

Turner llegó a México en 1908, como polizón en un vagón de carga desde El Paso, Texas, junto con Lázaro Gutiérrez de Lara. Esgrimió el pretexto de ser un empresario neoyorquino dedicado a la importación y exportación de mercancías, que acompañado de su intérprete venía en busca de nuevos horizontes. De la capital, se fueron a Valle Nacional, en Oaxaca, en donde tiempo atrás John Murray —otro estadounidense próximo a los problemas nacionales— había intentado sin éxito, ingresar. Turner fue más afortunado: no sólo se compenetró de las circunstancias infrahumanas del trabajo en Valle Nacional, Oaxaca, sino también en los campos henequeneros de Yucatán, para así conformar su imagen de la infamia social que vivía México.²

Volvió a los Estados Unidos y en la navidad de 1908 estaba ya listo para presentar sus primeros artículos. Ello sería hasta octubre del siguiente año, cuando aparecieron en el *American Magazine*, la serie de escritos que, con el rubro de «México bárbaro», daba cuenta de la ignominia de Díaz y sus secuaces. La respuesta no se hizo esperar: textos contestatarios, desmentidos oficiales, amenazas, etcétera. Poco a poco Turner se hacía presente en el escenario nacional. Así como denunció los abusos de la dictadura porfiriana, habría de hacerlo con las violaciones e intromisiones de los Estados Unidos en la vida mexicana. Sería él quien en el extranjero, tal y como lo hiciera en otros espacios un periodista y político nuestro, y en circunstancias diferentes, Luis Cabrera,³ vaticinaría una gran conmoción social, y la intervención armada de los Estados Unidos de América.

Turner pudo describir lo que pasaba en el sureste mexicano, con precisión y valor que aún conmueven. Su presencia y acciones en favor de

¹ Casi al mismo tiempo otro periodista estadounidense John Reed, se aprestaba a conocer y entender este país convulsionado por la guerra civil. Con formación y trayectoria diferentes, Reed, periodista del *Metropolitan* llegaría en 1911 al norte mexicano para vivir la aventura perturbadora y legarnos, en consecuencia, algunas de las más lúcidas y emotivas páginas de esa historia. El hombre que años más tarde conmovió al mundo con su relato de la revolución bolchevique, tuvo la sensibilidad y el interés de escuchar a esos bárbaros del norte, contar su versión y su parte de la historia. Fue un espectador atemperado y paciente, que captó el diario bregar y la profundidad de los grandes acontecimientos que los ejércitos del norte vivieron en su proceso para cambiar el rumbo de la nación. Quizá nadie como él ha descrito la cotidianidad, el sentido comunitario, el de liderazgo, dimensión, valor y coraje de la lucha villista. Al volver se abocó a un trabajo intenso en la revista socialista *The Masses* y no sería sino luego de tres años cuando finalmente, aparece publicado su *Insurgent Mexico*, D. Appleton and Company, New York and London, 1914. Cf. John Reed, *Villa y la Revolución Mexicana*, Nueva Imagen, México, 1983; y Jorge Rufinelli, «John Reed en la Revolución Mexicana», en *op. cit.*, pp. 11-106.

² John Kenneth Turner, *Barbarous Mexico*, C.H. Kerr Higgins, Chicago, 1911.

³ Véanse los diferentes artículos de Luis Cabrera reunidos en «Obras Políticas del Licenciado Blas Urrea», *Luis Cabrera. Obras Completas. Obra Política*, Edición preparada por Eugenia Meyer, , Oasis, México, 1975, Vol. III.

la Revolución acompañaron la lucha armada y después encontraron en él a un crítico agudo y un testigo interesado en los avatares y devenires de la reconstrucción.⁴

Sin embargo, el Turner que denunció, el que compartió y defendió la causa de la Revolución, no entendió a esos hombres del norte, y su *México bárbaro* decanta en un clarísimo común denominador, que condena y desprecia la *barbarie* de Villa y de sus seguidores.

Uno y otro, Turner y Reed, legaron valiosos testimonios de lo que era México al inicio de la Revolución. Sin embargo, y dejando de lado el caudal de fuentes, testimonios, experiencias y versiones múltiples que la historiografía de la época ha generado, quisiera concentrarme precisamente, en parte por contradictorio y hasta incomprensible, en uno de los textos que insisten en expresar una visión negativa de esos bárbaros del norte, encarnados en Pancho Villa. Por extraño que parezca, este texto, el de John Kenneth Turner, es el mismo que con su *México bárbaro* prendió la mecha de la opinión pública en el extranjero, como denuncia de una cruel situación del feudalismo servil, en que vivían los indígenas en Valle Nacional y en Yucatán.

Nadie puede restarle mérito al periodista Turner, que se convirtió, sin duda, en el periodista de México y de su revolución. Turner estuvo presente durante buena parte del proceso de lucha armada; siguió escribiendo sobre México en los años posteriores; fue sin duda defensor de la causa revolucionaria y tenaz acusador de la política intervencionista de los Estados Unidos; fue también el hombre que en el periódico socialista *Appeal to Reason* (*Llamado a la razón*), continuó en los veinte machacando sobre su tema, México, y su bandera de no intervención y en defensa de lo nuestro.

Sin embargo, esa misma pluma es la que plasmó, en tres artículos publicados en 1915, imágenes por demás negativas de Pancho Villa. El primero, aparecido en *The Sun* el 21 de marzo de 1915, con el título de «El perro en el pesebre»; un segundo, en el periódico *Appeal to Reason*, del 3 de abril que denunciaba, «Villa se vende a Wall Street»; y finalmente, días después: «Villa como estadista», aparecido en el *Metropolitan*.⁵

Como Turner no era un neófito en asuntos mexicanos, hay que rastrear muy profundo para entender su discurso crítico y casi apocalíptico del

⁴ Otros textos de Turner como *Shall it be Again?*, B.W. Heusch, New York, 1917, y *Hands off Mexico*, The Rand School of Social Studies, New York, 1920, hacen referencia a la situación mexicana durante la Revolución.

⁵ De inmediato los dos primeros artículos fueron publicados en español bajo el título de: *Quién es Francisco Villa*, Imprenta «El paso del norte», El Paso, Texas, 1915.

México bárbaro del norte. Apenas el 5 de abril de 1913, había publicado en *Collier's*, *The National Weekly*, un artículo que, con el atractivo y sugerente título de «Los bandidos de México», insistía en señalar que:

Los llamados bandidos de México no son bandidos, sino patriotas. Me refiero a Zapata, Salazar, Campos, Genovevo de la O, Orozco, Campa, Almazán y sus seguidores. Al decir esto, sé que de cada veinte americanos que conocen el nombre de, digamos, Emiliano Zapata, 19 de ellos están convencidos de que es uno de los peores bandidos. Sé que sería temerario de mi parte presentar a Zapata como un patriota, a menos que estuviera seguro de lo que digo.

La impresión de que Zapata y sus amigos son bandidos se debe al constante uso de esta descripción en los periódicos. Mi sentimiento de que son patriotas se debe a mi conocimiento de los hombres y de sus condiciones. Los he conocido en su formación y en su disolución. Los he conocido antes de que empuñaran un arma, y también como bandidos. Los he visto, hacia el fin, colgados de los postes de telégrafo.

Si fuera dinero en efectivo lo único que buscan, los jefes por lo menos, se habrían retirado hace tiempo a una vida de molicie, porque fue política del gobierno de Madero ofrecerles más dinero del que jamás podrían reunir siendo bandidos, para que dejaran de serlo. Ninguno de los jefes más prominentes ha sucumbido a la tentación hasta ahora.

Es cierto que los bandidos de México viven del país. Pero eso mismo harían si fueran revolucionarios. Los revolucionarios no tienen tesoro público que los sostenga. Rara vez tienen medios financieros propios... Hasta que no llegue el día en que ya no se justifique una revolución en ningún país, vivir de él será prerrogativa del revolucionario.

Los bandidos de México luchan por la libertad —no por una libertad quimérica o una libertad mental y lejana, ni por una libertad tan inmaterial, aunque tan universalmente deseada como es la libertad política, pero por una cosa concreta, tangible, que significa para ellos no sólo la libertad más amplia de la mente, sino las necesidades más urgentes del cuerpo. Los bandidos luchan por tierra donde reposar...

No tengo deseos de ser fiador de la impecabilidad eterna de estos hombres. La gente es incierta. Pero estoy seguro de las masas. Las masas están luchando por la libertad. Para cada uno de estos mexicanos campesinos, la libertad significa antes que nada, un pedazo de tierra en donde se pueda depositar él, su familia y sus bienes domésticos; un pedazo de tierra que pue-

da rascar para producir maíz y frijoles; un pedazo de tierra del que no pueda ser arrancado por la fuerza para servir a otro hombre; en miles de casos cierto pedazo de tierra, del que una vez fuera dueño y que ha sido recientemente arrebatado por la fuerza o por fraude para ser incorporado a una de esas gigantescas haciendas tan típicas del México agrícola.

El pueblo de México está luchando a través de mares de sangre por su regreso a la tierra. El feudalismo no es el problema. El feudalismo ha durado un siglo de más en México. Tarda en morir pero se está muriendo. La lucha es necesaria. El éxito inevitable. Quien levante una mano en contra, no causa más que una mayor pérdida de sangre humana. Los llamados bandidos de México no lo son; son patriotas. Los auténticos bandidos de México son los que nuestro embajador ha recomendado para ser reconocidos como los gobernantes legales del país.⁶

Sin duda alguna se refería a Henry Lane Wilson, de triste memoria. Esto sucedía casi de inmediato a la Decena Trágica, y al desenlace que tan cerca viviera Turner. Hay que insistir que, para este momento, ya Venustiano Carranza había emitido su Plan de Guadalupe y la lucha popular estaba en pleno apogeo.

De alguna forma, Turner siguió pendiente de las condiciones y del desarrollo de la Revolución. Por ello mismo resulta menos comprensible, o quizá más dudoso, el contenido de los subsecuentes artículos, específicamente dedicados al Centauro del Norte, que vieron la luz, casualmente, al tiempo que la Convención de Aguascalientes ya había expresado sus mejores causas y sus más inspirados debates. Era una etapa de retirada para la División del Norte, era también cuando el primer jefe de la Revolución Constitucionalista ya había emitido sus adiciones en Veracruz, el 4 de diciembre de 1914, y la muy significativa ley del 6 de enero de 1915, que daba inicio a la verdadera transformación de la legislativa en materia agraria. Podemos suponer entonces, que la posición de Turner se orientaba más hacia el lado de los constitucionalistas en franco debatir con Villa y Zapata.

Veamos: en el primero de sus artículos de desprestigio a Villa, señala que contará la real historia de la carrera del hombre que se opone a la paz en México; hace una descripción de su físico; advierte que la supuesta fidelidad

⁶ Las redondas son del autor. La traducción de los textos es de Thelma Santamaría. Junto con otros, constituyen la parte antológica de un ensayo que reunirá los diferentes artículos de Turner no conocidos hasta ahora en español, cf. Eugenia Meyer, *John Kenneth Turner, el periodista de México, en preparación.*

de Villa es un mito; elabora un pormenorizado recuento de sus «primeros crímenes», para calificarlo de vulgar delincuente; luego analiza los otros crímenes como «revolucionarios» y su supuesta insubordinación en contra del presidente Madero para concluir que:

Francisco Villa ha subido simplemente al poder, por medio del crimen. Valor brutal, fuerza física e incansable, un innegable magnetismo personal y una inteligencia siempre alerta, son sus cualidades como jefe militar. Por otra parte, él tiene todos los peores defectos que popularmente —pero también erróneamente— se cree que son los atributos de «el carácter mexicano».

Los verdaderos patriotas mexicanos no han querido nunca asociarse con el bandido. La elevación de Villa a la jefatura de la División del Norte, no se debió a nombramiento del señor Carranza, sino a la elección entre los generales cuyos cuerpos forjaron la división. Desde el principio, el señor Carranza se oponía al encumbramiento de Villa, pero al mismo tiempo no quería que se perjudicaran las operaciones militares contra Huerta...

Ya Villa ha dejado bien comprobado que si él ganara el control de México, su gobierno sería un gobierno de asesinatos infinitamente peor que el de Díaz, y aún peor que el de Huerta.

Pero Villa no dominará México. México nunca estará de parte del bandido Villa. México no quiere mandatarios que ordenen fusilamientos con la misma serenidad y el mismo apetito con que se ordena una comida.

El rudo y falso Napoleón nunca podrá establecer la paz en México...

Pero él peleará. Parece que él no correrá. Lo más probable es que el teatral Pancho Villa, pase a la historia, teatralmente, con sus botas puestas.⁷

Para Turner, la personalidad de Villa lo lleva a juicios a contrapelo con su visión de México y los mexicanos. Considera que el Centauro del Norte es tan sólo un ser primitivo, brutal, cruel, repugnante. Vio su rivalidad con Carranza como algo personal, por ello quizá rehuye la situación surgida de las conferencias de Torreón, la necesidad y el desarrollo de la Soberana Convención Revolucionaria y el papel trascendente de esta última como catalizador de las demandas populares que habrían de culminar en el Constituyente de 1916-1917.

Apenas aparecido este primer artículo, Turner, que permanecía en México observando los acontecimientos, insistió ante sus editores del *Appeal to Reason*, para que revelaran la verdad sobre Villa como materia de impor-

⁷ John Kenneth Turner, *Quién es Francisco Villa...*, pp. 16-17.

tancia. De hecho advertía que detrás de este bandido estaba William R. Hearst, el editor oculto tras los poderosos intereses de Wall Street, quien había logrado que Villa se desenmascarara y finalmente declarara que «había sido obligado a asumir la autoridad política».

Según Turner, el obstáculo para lograr la paz de México era un hombre:

...fornido y huesoso, cabeza de tipo primitivo o primate, ancha hacia los oídos y angosta hacia la corona, la frente inclinada suavemente hacia la corona. La mandíbula enorme y brutal, los ojos pequeños, vidriosos y sospechosos. Cuando su cuerpo está en reposo, los ojos parecen adormilados como los de un paquidermo; y la enorme y sensual boca cuelga, ligeramente abierta, impartiendo a la cara una vacuidad y aspecto repugnante.

Este hombre apenas escribe con dificultad su propio nombre. Es incapaz de descifrar o entender un sólo párrafo ordinario de cualquier periódico común y corriente...

Es polígamo. Sus gustos principales lo inclinan hacia la plaza de gallos, el coso de la plaza de toros, y la mesa de los albureros. Sobre todas las cosas, ama la lucha —el derramamiento de sangre humana. Su verdadero nombre es Doroteo Arango. El mundo lo conoce con el de Francisco Villa.⁸

Como quien dice, el vívido retrato del *macho mexicano*, mujeriego, pendenciero y jugador, que en este caso no es apreciado ni comprendido por el periodista Turner.

Dejando de lado la trivialidad con que retrata al personaje, resulta sorprendente que el norteamericano conociera tan poco y tan mal a Villa, o que recurriera a imágenes generalizadoras de un «norte bárbaro» caracterizado en el norteño Villa de acuerdo con muchos escritores de la época. En ningún caso menciona sus habilidades militares natas, o su actitud y actividad durante el breve periodo en que gobernó Chihuahua. Asimismo ignora, o pretende borrar del panorama, la importancia de la Segunda División del Norte como fuerza sustantiva en el proceso revolucionario y en el derrocamiento del ejército federal de Huerta.

Dice, sin embargo:

No se ha conocido por el público en general, el hecho de que Villa fue el dictador absoluto del estado de Durango, por un año completo, y de

⁸ *Ibidem.*, p. 2.

*Chihuahua por diecisiete meses. Puede inferirse casi con precisión lo que Villa hará en México, teniendo presente lo que ha hecho con Chihuahua y Durango.*⁹

Hay pues una clara intención de desprestigiar a Villa y a los villistas: de ese ejército popular que atravesó el país; de esos hombres que, como nadie antes, desarrollaron la más extraordinaria campaña militar, en tren, a caballo, a pie, para conquistar el territorio nacional, a partir de un ideal, de la promesa de una eventual justicia social, y del reparto de tierras al final de la lucha.

Al respecto se pregunta ¿para qué quiere Pancho Villa apoderarse del poder?

*Se dice que no es, en primer lugar, para devolver las tierras a su legítimos dueños, ni para realizar reforma popular alguna, ningunas reformas populares, porque ningún hombre de Estado, movido por el deseo de implantar la verdadera democracia, ha empleado nunca los métodos autocráticos para llegar a aquellos fines.*¹⁰

Turner no entendió o tal vez no quiso acercarse al hombre real, al de carne y hueso, ni comprendería su forma de pensar o las causas de su rebeldía.

Según advierte, el prestigio de Villa le venía precisamente de los Estados Unidos, ya que:

*Son los norteamericanos de mediana inteligencia, los que al principio pensaron bien de Francisco Villa. Esto se debe a que Villa apareció como un vengador, levantado del polvo para castigar a un asesino que había asestado el golpe terrible al corazón del pueblo. Villa, de origen humilde, se elevó hasta la altura de un héroe, porque simbolizaba las esperanzas de la Nación. Pero con la derrota y huída de Huerta el asesino, la misión de Villa como revolucionario militar había terminado. Quiso deslumbrar sin embargo, desempeñando un papel diferente. Al retener el mando de las fuerzas, asumió principalmente el carácter de hombre de Estado.*¹¹

Cree entender las diferencias entre Villa y Carranza y ahí quizá un lector acucioso encuentre el punto de referencia y la *inspiración* del periodista Turner:

⁹ *Ibidem*, p. 26.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*, p. 17.

Superficialmente, la cuestión aparece meramente personal —Villa contra Carranza. No se encontraban diferencias respecto a las reformas fundamentales. Durante el gobierno del señor Madero, no hubo sino un sólo hombre en el que el Congreso Nacional levantara su voz, pidiendo la resolución del problema agrario o la distribución de las tierras. Hoy ningún mexicano puede hablar abiertamente contra la cuestión agraria sin ser expulsado del país. Villa ha hablado siempre de la reforma agraria y Carranza ha publicado un decreto sobre el asunto, que trajo una lluvia de protestas y execraciones sobre su cabeza, de parte de todos los terratenientes o dueños de grandes predios.

En el fondo, la cuestión es mucho más personal. El secreto de ello se encontrará en lo que yo llamaré la política de Villa, o Villa como estadista... que se fue ensanchando y profundizando con caracteres más definidos a medida que el poder de Villa se extendía.

La cuestión era causa de más seria atención aun cuando el señor Carranza defendía públicamente los actos de Villa, y cuando éste protestaba lealtad al Primer Jefe.

Por «política» de Villa entendemos los arreglos civiles y políticos incluyendo promesas internacionales... arreglos y promesas por las que Villa ambicionó el supremo poder.¹²

El secreto de su popularidad está en que como capitán de bandidos:

tiene generosidad para repartir los despojos o el producto de los latrocinios, entre los bandidos más pequeños. Verdaderamente, ser bandido en tiempo de Villa no parecía ser un gran crimen. Pero Villa ha sido bandido durante veinte años.

Cuando como jefe revolucionario, Villa se apodera de una población, no deja nada de valor, pues todo ello se lo incauta sin el menor escrúpulo. Diamantes, joyas, vajillas, pedrería y, en general, toda clase de objetos de valor, no van a parar al fondo general, sino que son distribuidos entre sus oficiales. El general Tomás Urbina, segundo de Villa, muestra con gran orgullo sus vellosas manos, casi cubiertas con anillos de diamantes, he contado trece, que debe ser lo mejorcito en dos años de rapiña.

Cuando los bandidos se apoderan de una hacienda, las mujeres son consideradas como parte del botín...

Se asegura que Villa mismo busca siempre una nueva consorte en cada

¹² *Ibidem* pp. 18-19.

ciudad que visita... Villa se ha casado tres veces por la Iglesia Católica. Dos de estas esposas viven en Chihuahua, en casas separadas que han sido confiscadas a ricos de aquel lugar, que han emigrado del país.

Mi conclusión es que Francisco Villa, jefe del mal llamado Gobierno Convencionista, es aún Doroteo Arango, alias Doroteo Castañeda, alias Pancho Villa. Bandido.

Villa no ha desarrollado o expuesto ningunas ideas sociales o una conciencia social. Su sistema es el sistema de Díaz elevado a la N Potencia. Latrocinio, terror. Dos palabras que lo explican todo. La teoría de Villa es que el Estado existe para él y sus amigos.

Algunos norteamericanos dirán que ésta es la historia aceptada por todos los políticos mexicanos. Esto no es la verdad. Conozco mexicanos que son tan sinceros, tan valientes, tan eficientes y están tan bien ilustrados como cualquier norteamericano. Y algunos de éstos, están al frente en la presente lucha.¹³

En conclusión, el claro rechazo de Villa a la causa de los magonistas, la falta de comunicación y quizá también de comprensión a la plataforma política del Partido Liberal Mexicano y, menos aún, a la aventura anarquista en territorio de Baja California, se significaron como elementos definitorios para que Turner, tan cerca de los Flores Magón, asumiera una posición adversa frente al Centauro del Norte.

No podemos soslayar, en consecuencia, la animadversión de la División del Norte ante las acciones de los magonistas en los Estados Unidos. Parecería que la incapacidad de comunicación, las distancias ideológicas y las diferentes estrategias marcaron rutas irreconciliables para los dos grupos de revolucionarios.

Entre Ricardo Flores Magón y Francisco Villa se tendieron abismos insuperables que el periodista Turner no pudo comprender y, por ende, optó por tomar partido¹⁴ en favor de la causa magonista que conocía bien y por la que tantas lanzas esgrimió. Con ello, y quizá en forma poco consciente, aunque no exenta de compromiso, contribuyó a la corriente de desprestigio y de condena que se fue tramando para marginar al Centauro del Norte.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

¹⁴ Se ha dicho con insistencia que los artículos aquí analizados, responden a un encargo específico, por el cual Turner recibió la suma de mil dólares. Esta información permanece como supuesto, ya que no he encontrado documentos que la confirmen o nieguen.

Los escritos de Turner corresponden sin duda a la etapa de la guerrilla villista. No puede soslayarse que para 1915 es cuando la Convención Revolucionaria ha fracasado y al gobierno constitucionalista le interesa generar opiniones negativas sobre Villa. Ello no sorprende al revisar la literatura de la época aparecida especialmente en el norte. Queda la duda de si Turner estuvo alguna vez en territorio rebelde y sobre todo, si llegó a conocer personalmente al protagonista de aquellas historias. De lo contrario habría que concluir que sus fuentes de información resultan dispersas, parciales y poco confiables.

Turner, como lo hiciera Reed, *presentó* su visión de Villa y los revolucionarios del norte. Uno y otro, movidos por diferentes prismas e intereses, delinearon un retrato de esos actores sociales, tan lejos del entorno oficialista y sobre todo tan distantes de los controles de poder.

Como derrotados, los villas y los zapatas finalmente fueron receptores de críticas adversas, de juicios críticos a veces despiadados. Es evidente que, la historiografía de la época habría de empeñarse y ensañarse con ciertos personajes y con ciertas etapas. No cabe duda que es ahora cuando la historia del norte mexicano durante la Revolución empieza a traslucir su dejo de madurez y de verdad.

Ciertamente el personaje central de ese México bronco, de ese *México bárbaro* del norte, se expresa en la figura de Villa. Muchos años pasarían antes de que el protagonista por excelencia de esa otra parte de la historia revolucionaria tuviera un trato diferente, dentro y fuera de nuestras fronteras. Quizá ahora, al estar tan cercano el centenario de la gesta revolucionaria de 1910, hayamos alcanzado distancia y ecuanimidad para estudiar el proceso en forma más objetiva e imparcial.

En ello se ha empeñado la nueva historia, la que vislumbra la desmitificación de hombres y procesos; la que busca entender las particularidades y las individualidades antes que las generalidades. La que reconoce en las partes, en las historias regionales una fuente insustituible de información y también de luz; la que nos obliga a ver con mayor detalle, temple y coraje, otro tipo de historia, menos institucionalizada, menos maniquea, quizá también más humana.

El Villa de entonces, el de ahora, el que recordaban sus compañeros de armas, el que nos dejan ver las varias y múltiples versiones de testigos y cronistas; el de los periódicos sensacionalistas, el de las fotografías y películas hollywoodescas, confeccionadas como producto de exportación; el de los historiadores y científicos sociales, es, finalmente, como lo fueron todos los revolucionarios, los sobresalientes, los del montón, un hombre de carne y hueso.